

La semana anterior

Pasó el fugaz reinado del viejo Carnestolendas, y doblando éste, cuidadosamente, su traje de arlequín, se retiró en la madrugada del lunes á esperar turno para el próximo año, dejando como recuerdo de su dominación, ilusiones que desaparecieron como el humo y cerebros enloquecidos por el alcohol.

* * *

A la bacanal sucedió el silencio de la Cuaresma, y la judía, que durante todo el año es reina y señora en la casa del pobre, penetró en los regios comedores de los pudientes, bien en amigable consorcio con el arroz, ó bien adormecida sobre oloroso lecho de estofado, para saciar el apetito que á ciertas horas llama en las puertas del estómago.

La abstinencia cuaresmal así lo dispone, y el bacalao, sardinas en escabeche y los delicados potajes, son los platos obligados en estos días de ayuno.

Estamos en la plenitud del período de abstinencias y hay que comer poco.

Los unos, porque la fuerza les obliga, y los otros porque la Religión lo impone.

* * *

Para acordar si debían ir unidos á una huelga, se reunieron los lecheros allá por la media legua. Protestaron los cabreros de eso de la perra gorda, que á cada cabra que entran el Municipio les cobra. Uno de estos oradores al usar de la palabra, tanto y tanto peroró, que se le fueron las cabras. Al ver á sus animales correr á campo traviesa salió del mitin, más loco que un proyecto de La Cierva. Otro lechero, orador,

en un discurso muy breve expuso, era necesario dejar á todos sin leche. Que el que tome chocolate lo tome con agua clara, y que no coma natillas con el licor de las cabras.

.
.
.
.

Después de la mar de cosas, allá por la media legua no tomaron el acuerdo de ir unidos á la huelga. Y después de la reunión, de discursos y algazara, siguen humildes vendiendo la leche muy bautizada.

* * *

Y como no ha ocurrido más durante la semana que pasó, paso yo también al mutismo y me retiro hasta la próxima.

El Mero.

Crónica extranjera

El domingo en París

París es de esos pueblos donde pesa mucho el domingo, ese día tan deseado por los que trabajan durante la semana y tan fastidioso para los que no hacen nada en ese día ni en los demás.

El domingo en París es tan largo, tan desagradable y tan monótono como en los demás pueblos del orbe.

Sale de los almacenes y de las tiendas la gente á paseo, á misa, á los Museos. El buen burgués pasea con su esposa del brazo y lleva sus dos ó tres retoños por delante.

Nada tan ridículo y tan triste como estos chicos de las grandes poblaciones. Con su pantalón corto, su sombrerito duro, su cuello blanco y su bastón

